

HISTORIA UNIVERSAL

La Periodificación y Otros Problemas Históricos

MARIO ORELLANA RODRIGUEZ

ADVERTENCIA

Nuestro estudio consiste en exponer sumariamente algunos problemas históricos que han surgido en Europa -por lo demás desde hace siglos- y que sólo hoy día se han esclarecido bastante y solucionado en parte.

Así nos preocuparemos de la "continuidad histórica", que como tesis, surgió hace unos 35 años en Alemania, íntimamente relacionada con otros problemas que habían interesado vivamente a historiadores italianos, alemanes y franceses, tales como: la participación del Romanismo y del Germanismo en la formación de la cultura europea; la llamada "Tesis del Cataclismo", es decir, el hundimiento de la Antigüedad clásica a causa de las invasiones germanas; la discusión alrededor del barbarismo germano y, por ende, la consideración negativa que se hacía a la llamada Edad Media"; la validez o no validez de la periodificación tripartita: Antigüedad-Edad Media-Tiempos Modernos; etc.

Para alcanzar que nuestra exposición no se pierda en los mil senderos diferentes que informan a estos problemas, nos apoyaremos en determinados investigadores, tales como Alfonso Dopsch, Hermann Aubin; y así, siguiéndolos, trataremos de presentar un cuadro sinóptico de las múltiples facetas que surgen del nacimiento, desarrollo, y parcial solución de las enunciadas cuestiones.

Antes de entrar de lleno al análisis inmediato de los problemas que hemos expuesto, daremos un esquema informativo de él:

I. — DIVISION DE LA HISTORIA EN PERIODOS: ANTIGUAS PERIODIFICACIONES. RENACIMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD CLASICA: LOS HUMANISTAS. DIVISION TRIPARTITA.

II. — NACIMIENTO DE LA TESIS DE LA CATASTROFE. SUS RELACIONES INTIMAS CON EL MOVIMIENTO HUMANISTA Y CON LA DIVISION DE LA HISTORIA TRIPARTITA. DESARROLLO DE LA TESIS DE LA CATASTROFE DEL IMPERIO

ROMANO, ESPECIALMENTE EN FRANCIA Y ALEMANIA.

III. — COMO DEFENSA DEL VALOR INTRINSECO DE LO GERMANICO Y EN OPOSICION A LA TESIS DE LA CATASTROFE, SURGE LA TESIS DE LA CONTINUIDAD. ALFONSO DOPSCH. HERMANN AUBIN.

I. — DIVISION DE LA HISTORIA EN PERIODOS.

Parecería necesario comenzar este tema con el planteamiento de una serie de problemas que surgen de la existencia misma de la periodificación, tales como: ¿En qué consiste la esencia misma de la periodificación?, ¿qué es lo que lleva al hombre a dividir la historia en una serie de períodos? Estas preguntas y otras más corresponden perfectamente a la necesidad de descubrir la razón última de por qué la realidad histórica es comprendida en períodos y no en una constante continuidad. Sin embargo, la sola enunciación de estos problemas, que forman parte de la Filosofía de la Historia, hacen comprender lo complejo y difícil de tratar de resolverlos, de encontrar una respuesta, y más aún, de lograrla en un corto espacio.

Es por ésto que sólo manifestaremos aquí: que la periodificación es un elemento utilísimo para la técnica historiográfica, que gracias a ella, en gran parte, podemos compendiar y ordenar la madeja de las relaciones históricas. Es claro que no debemos olvidar que estas afirmaciones no agotan, por ningún modo, la razón de ser de la división de la historia en períodos (1).

(1) Para un estudio en sí de la Periodificación consúltese: W. Bauer. "Introducción al estudio de la Historia", cap. V. pág. 140-157. J. Huizinga. "El concepto de la Historia y otros ensayos", pág. 71-83. (en estas obras se encontrará una amplia bibliografía que alcanza hasta 1930).

A. — Antiguas periodificaciones.

Cuando se logró alcanzar la imagen de una Historia Universal, surgieron las primeras periodificaciones.

A pesar de que la conquista de Alejandro Magno había abierto al mundo griego nuevos horizontes, uniendo en un fuerte lazo de cultura al mundo occidental y oriental, no surgió del Helenismo la comprensión de la Historia Universal; sino que con el Judaísmo (Antiguo Testamento) y, principalmente con el Cristianismo se encuentran las primeras visiones de una historia única para el hombre y con éstas, los intentos iniciales para comprender esta historia mediante sus diferentes épocas.

Con la aparición del Libro de Daniel, que forma parte del Antiguo Testamento, surge la primera gran periodificación de la Historia, comprendida universalmente. Dos son los símbolos que representan la periodificación de Daniel: la estatua de Nabucodonosor y las cuatro bestias que emergen del mar⁽²⁾. La Historia se divide en cuatro grandes imperios universales, que más tarde serían comprendidos como el de los Asirios, Persas, Macedonios y Romanos, imperios que serán desmenuzados y consumidos por el reino que "levantará el Dios del cielo" y que "permanecerá para siempre". En las visiones de Daniel continuamente se hace hincapié en que el cuarto reino "fuerte como hierro" será dividido; especialmente en el sueño de Daniel se señala con más detalles esta división: del cuarto reino "se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será mayor que los primeros, y á tres reyes derribará" (3). Ahora bien, el reino de Dios no está bien señalado como reino en el cielo, sino que puede ser entendido como reino que nacerá en la tierra -ésto es importante, especialmente, por la venida de Cristo y la instauración de la Iglesia-.

Una segunda periodificación, que será fundamental para la Edad Media, es la que se presenta en el Nuevo Testamento, Evangelio de San Mateo, en la cual el actor principal es Cristo y que consiste en dividir la historia del

Estas dos periodificaciones son las columnas principales que sostienen el pensamiento histórico de la época Patrística y Medioeval. mundo en seis edades (4).

En la época Patrística (5), Bernabé e Ireneo distinguen seis épocas de mil años cada una ("Ante Dios mil años son como un día"), "haciéndolas seguir por la otra vida con su descanso en Dios como un eterno sábado" (6).

Tertuliano (siglos II y III) vé en la evolución de la humanidad cuatro edades caracterizadas por una siempre mayor perfección ético-religiosa. Distingue las edades de la ley, de los profetas, del Redentor, del Paráclito (Espíritu Santo).

Jerónimo, continúa a Daniel, cuando se refiere a los cuatro imperios del mundo.

La Edad Media sigue a San Agustín, con relación a una visión de la Historia, como lucha entre el bien y el mal (ciudad terrena y ciudad de Dios), pero el mismo San Agustín no innova mucho respecto a las periodificaciones de la Historia.

En el siglo XII, el obispo Otón de Frisinga "junta las seis épocas del mundo con los cuatro imperios universales de Daniel, considerando que el Imperio medioeval es una continuación del romano". (7). En el mismo siglo XII, Hugo de San Víctor percibe las épocas de la ley natural, de la ley positiva y de la gracia. Ruperto de Deutz también vé tres épocas: la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. A fines del siglo XII, Joaquín de Fiora continúa a Deutz al hablar del reino del Espíritu; "cree que la historia de la humanidad se desarrolla en tres períodos, correspondientes a las tres personas de la Trinidad; la era del Padre, que se ha cumplido con el Antiguo Testamento; la era del Hijo, que ha comenzado con la Encarnación y que se ha manifestado en el Evangelio, y que está cerca de terminar, y, al comienzo del siglo XIII, debe comenzar la era del Espíritu o del Evangelio eterno..." (8). A pesar de ser condenado por hereje en el concilio de Latran en 1215, Joaquín de Fiora o Flore influyó notablemente en los Franciscanos a través de todo el siglo XIII y XIV.

Finalmente en el siglo XV, Nicolás de Cusa dice, con cierta cautela, que la historia de la Iglesia Católica es una repetición de la vida de Cristo, y que, un año de la vida de Este equivaldría a cincuenta de la Iglesia.

(5) Siglos II - VII D.C., en Occidente; II - VIII D.C., en Oriente.

(6) Francisco Sawicki, "Filosofía de la Historia", pág. 18.

(7) Francisco Sawicki, obra citada. pág. 21.

(8) Emile Bréhier, "La Philosophie du Moyen Age", cap. 13, pág. 206.

(2) Daniel VII, 3-28; II, 31-46.

(3) Daniel VII, 24.

(4) San Mateo I, 17.

En general se puede decir, con relación a la periodificación de la Historia, que la Edad Media, a pesar de sus variadas apreciaciones, todas, eso sí, con bases cristianas, mantuvo algunas ideas comunes, tales como: considerarse continuadora del Imperio romano, epígono del último gran reino; creer, con mayor o menor intensidad, que pronto la historia moriría, y que se realizaría el reino de Dios.

B.— Los humanistas. División tripartita.

En los siglos XV y XVI -lo que llamamos Renacimiento- la visión de la Historia y sus diferentes divisiones que la Edad Media había construido, fué apreciada y valorizada en forma muy diferente. El Humanismo, especialmente el de los italianos, vió en la Antigüedad del Imperio romano una época de contornos brillantes, y pretendió informar la vida del presente teniendo como base la vida antigua.

Su visión de la Antigüedad como el ideal literario y cultural del mundo "les inspiró la distinción según la cual con la caída del Imperio Romano de Occidente había comenzado una época intermedia bárbara y despreciable, el *medium aevum*, de mal latín y arte "gótico", de la cual había venido a salvar al Occidente, en los últimos tiempos, la restauración de la *bonae litterae*..." (9). En 1450, Filarete decía: "Maldito sea el que inventó esta deplorable arquitectura gótica" (10), y así todo lo que provenía del período que comenzaba en el siglo V y llegaba hasta el siglo XV, era considerado como "barbari" -tergiversando en cierto sentido el concepto de bárbaro que era conocido en la Antigüedad-. No sería exagerado afirmar aquí, que para el humanista la historia occidental se había detenido en el siglo V con la irrupción de las invasiones germánicas, y había comenzado a marchar en el siglo XV con el descubrimiento de monumentos y obras culturales de la Antigüedad, que se comenzaban a hacer.

Teniendo como base conceptual lo anterior, comenzó a dibujarse una nueva periodificación, opuesta a todo lo que era Edad Media. Fué Cristóbal Cellarius (Keller-1638-1707), profesor en Halle, quien materializó las ideas de la época con una división tripartita de la Historia -que hasta hoy se conserva a pesar de todas las críticas que surgen a cada momento.

En su obra "Historia Antigua" (11), escrita en 1865, dice: "Procederemos con mayor propiedad se extendemos la Historia Antigua hasta Constantino el Grande; la del medioevo hasta la toma de Constantinopla, y la nueva hasta nuestro tiempo; de modo que la primera abarque toda la gentilidad, la segunda se halle comprendida por los tiempos del Imperio Cristiano de Constantinopla y la tercera considere la nueva faz reinante en el mundo y la reforma de las cosas públicas..." (12). Esta división tripartita: Antigüedad-Edad Media-Tiempos Modernos, marcaba con signos positivos dos épocas: la Antigüedad y los Tiempos Modernos, y con un signo negativo a la Edad Media. Y ésta desvalorización de la Edad Media se acentuó ostensiblemente con las luces que irradiaba la Ilustración: la Edad Media fué atacada, ahora, como una época superticiosa, enemiga de la Razón, del Progreso, colocándose el acento en la participación de la Iglesia Católica. El mismo Romanticismo, que consideró a la Edad Media como noche, pero "estrellada", se conformó con esta división y no trató de superarla.

La división de Cellarius recibió un fuerte apoyo, en época reciente, al agregársele una cuarta época: la Contemporánea, que se hacía comenzar con la Revolución Francesa. Ya la división de la Historia no fué tripartita, sino cuatripartita: Antigüedad-Edad Media-Tiempos Modernos-Epoca Contemporánea (13).

Pero si bien se mantenían las formas del pensamiento humanístico, en su esencia, éste comenzó a ser rechazado. La división realizada por el siglo XVII se mantenía sin cambio, pero su contenido axiológico fué otro: ya no se trata de hablar de épocas con valor o sin valor, de épocas medias, sino de afirmar la realidad histórica en forma independiente de todo lo que no es el pensamiento histórico mismo.

II.— TESIS DE LA CATASTROFE.

Casi confundida con la idea de la sobreestimación de la Antigüedad y del repudio al mundo medioeval, hecha por los humanistas, se halla la imagen del Cataclismo que sufrió el Imperio Romano -en menos de un siglo- a raíz de las invasiones de los germanos.

(11) Es además autor de: "Historia Media" e "Historia Nueva".

(12) Citado por Bogumil Jasnowsky en "Historia Filosófica de la cultura", pág. 7.

(13) En los manuales franceses se encuentra el término de Epoca Contemporánea. En Alemania esta cuarta época no se conoce: se habla de Nueva Epoca, la cual abarca desde 1789 a 1870.

(9) J. Huizinga, obra citada, pág. 72.

(10) Citado por Alfonso Dopsch, en "Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea", cap. I, pág. 20.

Cuanto más se acercaban los humanistas y admiraban a Roma, más se alejaban espiritualmente del mundo medioeval y de los formadores de ese mundo— sólo la Iglesia se salvaba en parte de esta actitud hostil. Surgió la imagen, con relación a los germanos, de un pueblo rudo y brutal, de un pueblo bárbaro. Este pueblo fué culpado de uno de los mayores crímenes de la humanidad: la destrucción de Roma.

Estas apreciaciones valóricas de los humanistas italianos se extendieron rápidamente por toda Europa. En Francia fueron acogidas favorablemente por la Ilustración, y en la misma Alemania se aceptaron en un primer momento, para ser rechazadas, con mayor o menor intensidad.

Veamos a continuación cómo se desarrolló la teoría de la Catástrofe, especialmente en manos de los historiadores franceses, y de las reacciones que ésta produjo en los investigadores alemanes (14).

La Ilustración del siglo XVIII dió un gran impulso a la teoría de la Catástrofe formulada por los humanistas. El conde de Boulainvilliers, autor de "Histoire de l'ancien gouvernement de la France" (1727), "subestimó demasiado la cultura de los francos: se trataba de nómades, sin un concepto fijo de la propiedad inmueble..." (15). Estas ideas fueron mantenidas y generalizadas aún más por Voltaire y Montesquieu. Para Voltaire, autor de "La Philosophie de l'histoire" (1765), los griegos y romanos eran los representantes más eregios del progreso, y la caída de los romanos había provocado no sólo un cataclismo en la civilización material, como había afirmado ya Montesquieu en sus "Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence" en 1734, sino también en la cultura espiritual. La época que había surgido de los escombros de Roma era para Voltaire y, en general para la Ilustración, una época de terror, de superstición, de predominio de la escolástica, de bárbaros inquisidores.

Más o menos paralelamente a los racionalistas franceses, el historiador inglés Eduardo Gibbon desarrollaba la idea de la decadencia del Imperio Romano en un predicamento parecido a éstos, en su obra "Historia de la decadencia y de la caída del Imperio Romano".

A principios del siglo XIX, el historiador fran-

cés Guizot en su obra "Essais sur l'histoire de France" mantenía la idea de la Catástrofe. "Para él las invasiones de los bárbaros aniquilaron totalmente una cultura de alto grado, de animado tráfico, riqueza y vida brillante. Nunca antes el género humano había tenido que soportar tantos males y que sufrir tantos dolores..." (16). Respecto a los mismos germanos (17) les niega libertad y cree que su organización social se basaba en la propiedad de la tierra. A pesar de estas afirmaciones, Guizot significó un aporte fundamental para el estudio de este problema: el hecho de intentar explicar racionalmente los hechos históricos y de no partir de ideas fundamentales preconcebidas lo hacen diferenciarse de los anteriores historiadores.

Agustín Thierry, autor de "Considération sur l'histoire de France", siguiendo muy de cerca al conde de Boulainvilliers, expresa que en el norte de Francia, los francos, que habían irrumpido en grandes masas, devastaron y destruyeron los elementos culturales que el Imperio había logrado formar.

En general, en Francia, hasta la primera mitad del siglo XIX, se había aceptado la tesis de la destrucción violenta del Imperio Romano en manos de los germanos, estimándose, además, que éstos, mayormente, no poseían bienes culturales, lo cual les había impedido comprender la gran cultura del Imperio. Era lógico, entonces, que en Alemania se hubiesen iniciado una serie de publicaciones en relación a dejar en claro cuál era el verdadero estado cultural de los germanos en tiempos de los romanos, haciéndose hincapié en que los germanos no habían provocado ninguna destrucción considerable en el Imperio.

Antes de considerar las obras de algunos investigadores alemanes es necesario indicar en qué consistían algunos de sus elementos de trabajo y de sus métodos. En primer lugar, el método usado con relación a alcanzar la realidad de la organización agraria fué de carácter retrospectivo: se partió del presente para llegar al pasado. Los libros de Tácito y Julio César fueron leídos y releídos mil veces. Además de todo ésto, el ambiente cultural de la época, comienzos del siglo XIX, los inclinaba a tratar de encontrar en el pasado ciertos valores que

(16) Dopsch, obra cit., cap. I, pág. 22 y 23.

(17) El estado de cosas existentes en los germanos en tiempos de las invasiones preocupa intensamente a los historiadores, tanto franceses, como alemanes. Estos últimos colocarán el acento de su intervención en averiguar si en realidad los germanos eran o no bárbaros.

(14) Esta relación se basa en el capítulo I de "Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea" de Alfonso Dopsch.

(15) Citado por Dopsch, obra cit., pág. 21, del cap. I.

en el presente eran estimados positivamente: la libertad, la asociación, etc.

A fines del siglo XVIII, Justus Mösser inicia los estudios que se relacionan con la realidad agraria del germano y, en general, con su economía. Luego de leer a Tácito y a Julio César rechaza, apoyándose en la estructura agraria actual de Westfalia, las descripciones de la organización agraria de los germanos, estimando que éstas sólo representan un estado de guerra. Da gran importancia al "cortijo" y a la "casa" como elementos esenciales de la primitiva constitución agraria, y considera al germano primitivo como propietario libre. "Puede considerarse a Mösser como el fundador de la historia de la economía alemana, pues los investigadores posteriores han tomado sus ideas fundamentales como punto de partida. El éxito de la Tesis de Mösser se debe, sobre todo, a que los historiadores del derecho alemán las adoptaron también como base" (18).

A principios del siglo XIX - 1806 - K. D. Hülmann, apoyándose en Mösser, desarrolla todo un sistema que lo hace aparecer como el padre de la llamada "Teoría señorial". Califica a los germanos de agricultores sedentarios en territorio romano. Los colonos libres de las distintas fincas son la célula inicial de la organización señorial: el más rico de los propietarios rurales era el jefe de la sociedad de terratenientes.

K. F. Eichhorn - 1808 - continúa apoyándose en Mösser con relación al problema agrario. Frente a la teoría de la Catástrofe, a pesar de que afirma que los germanos "ni sus instituciones civiles ni sus costumbres revelan la menor huella de salvajismo o rudeza", acepta en general la barbarie del pueblo germano, pero sí cree que, éstos, como pueblos jóvenes aportaron su espíritu belicoso, sus costumbres y sus instituciones libres.

También en Eichhorn se dan algunos elementos de la futura tesis de la Continuidad. En 1816, apoyándose en la existencia de una continuidad, construyó su tesis del origen de la constitución alemana de la romana (19).

ter", pág. 42.

Luego de Eichhorn, aportaron sus ideas: K. A. Rogge - 1820 -, el cual afirmó la libertad total del germano que no reconoce a ningún superior o soberano; Jacobo Grim - 1828 -; Bessler - 1835 - asegurando también la libertad del germano y estimando que éste pactaba para

transformarse en un miembro de la asociación (20); Weiske - 1836 -, que continúa con la idea de la asociación; K. Zeus - 1837 -; Wilda - 1842, quien se pronuncia en contra de las ideas de Rogge, al rechazar la idea de la total libertad de los germanos: según Wilda se puede asegurar la existencia de un estado germano, es decir, existía una subordinación a una voluntad de conjunto.

Con Heinrich von Sybel - 1844 -, que sigue las ideas de Wilda, la discusión de la existencia o no de la Catástrofe toma un giro interesante. Sybel insiste lo que es de suma importancia - en que "el verdadero punto fundamental en las opiniones divergentes no es la cultura, sino la capacidad cultural de nuestro pueblo (los germanos) en sus comienzos históricos" (21).

En Georg Waitz - 1844 -, además de encontrarse un rechazo parcial de la tesis de Mösser con relación a la constitución agraria del germano - asegura que esa sólo es válida para Westfalia - se hallan elementos de la futura teoría de la Continuidad (22). Otro gran aporte de Waitz es el cuidado que tiene para manejar las fuentes históricas, especialmente en su aspecto cronológico.

También en 1844, Gaup "tiene el mérito de haber elevado a un nivel científico la manera de tratar este problema (de la cultura o no de los germanos) ...acertó a encontrar también las premisas reales de toda esta evolución nueva, en su intento de exponer, ante todo, el estado de cosas existentes en la última época del Imperio con que tuvieron contacto los conquistadores germanos" (23).

En resumen, se puede decir que en la primera mitad del siglo XIX los esfuerzos de los investigadores alemanes se dirigieron a demostrar la capacidad cultural y la cultura de los germanos en tiempos del Imperio, y en rechazar la idea de la Catástrofe. A pesar de que sus métodos eran inseguros y sus fuentes históricas, las más de las veces, habían sido utilizadas en forma deficiente, se alcanzaron grandes resultados.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX la discusión se hizo más acalorada y en

(20) Compárese con las ideas que priman a principios del siglo XIX: Contrato Social.

(21) Citado por Dopsch, obra citada, pág. 31.

(22) Hermann Aubin, obra cit., dice: "Hace 100 años trató G. Waitz en su historia de la Constitución, un corte de la teoría de la continuidad en forma precisa y natural".

(23) Dopsch, obra citada, cap. I, pág. 32.

(18) Dopsch, obra citada, pág. 25.

(19) Véase: Hermann Aubin "Von Altertum zum Mittelal-

sólo casos aislados se respetaron y utilizaron algunos resultados obtenidos anteriormente.

A mediados del siglo XIX, Paul Roth afirmaba -ante las opiniones de investigadores franceses que aseguraban que los germanos carecían de cultura, que vivían como salvajes en hordas y bandas, y que no tenían noción alguna del estado- "que la base del estado germánico no fué la mera relación del vasallaje ni al dependencia de un jefe de banda sino la simple asociación de súbditos, la dependencia de todo habitante libre con respecto al jefe común del estado" (24).

Veinte años más tarde, Rodolfo Sohm, se pronunciaba al igual que Roth, contra la escuela francesa que negaba la existencia de un sistema estatal en los germanos.

En Francia, el historiador Fustel de Coulanges, dejando de lado la tesis de la Catástrofe, que en general los franceses aceptaban, afirmaba en su "Histoire des institutions politiques de l'ancienne France" que era un error en suponer que las invasiones hubiesen terminado con el Imperio romano. Para él, había existido, en muchos casos, una penetración pacífica de los germanos en el Imperio gracias al servicio prestado por éstos en las legiones romanas, al colonato, etc. Con relación al estado cultural de los germanos: éstos no eran nómades, sino sedentarios; existía en ellos una monarquía que limitaba en parte su libertad.

Sin embargo, a pesar de estas afirmaciones el planteamiento tradicional de la tesis de la Catástrofe no varió en nada. Geffroy, autor de "Rome et les barbares", acusaba a Coulanges por haber estimado demasiado la cultura de los bárbaros.

También fuera de Francia se aceptaban algunas opiniones de la escuela francesa: los investigadores Gierke, W. Arnold y Wilhem Siekel, dieron su conformidad a la idea del semi-nomadismo de los germanos.

Nuevas ideas, que venían fortaleciéndose lentamente desde mediados del siglo, tales como la de la Evolución, del Progreso, de la Socialdemocracia, dieron un impulso más a la opinión del barbarismo de los germanos. Estas ideas hicieron que muchos investigadores vieran en los germanos pueblos que vivían en una total barbarie, en un comunismo primitivo, que no habían iniciado aún su marcha hacia el progreso.

El norteamericano Morgam, autor de "The

ancient society" - 1877 - aseguraba que los germanos en tiempo de los romanos se hallaban en el apogeo de la barbarie. "Basándose en los relatos de César y de Tácito, Morgam presenta a la familia germánica de entonces como viviendo en promiscuidad". (25).

Pero muy pronto las ideas de Morgam, Laveleye -que escribe en la Revue de deux mondes-, Geffroy, comenzaron a ser objetadas.

Denham W. Ross, Felix Dahn, E. Mayer, entre otros, comenzaron a demoler las ilusiones de los evolucionistas y social-demócratas.

A pesar de esto, a fines del siglo XIX, Georg Kaufman en su "Deutsche Geschichte" continuaba aceptando la teoría de la Catástrofe: "las invasiones inundaron de pueblos bárbaros este mundo de la cultura antigua; por el este, de eslavos; por el occidente, de germanos. La cultura antigua se hundió en el polvo, pero en los lugares destruidos por los germanos, un bosque lozano de pueblos jóvenes surgió de entre las ruinas". (26).

Sólo a principios del siglo XX, con la vigorosa investigación de Alfonso Dopsch y su tesis "de la continuidad histórica", aplicada en el tránsito de la Baja Antigüedad a la Temprana Edad Media, la ciencia histórica inició una marcha segura para alcanzar la solución de los problemas, que habían dividido a los investigadores europeos en dos escuelas: romanistas y germanistas.

III. — LA CONTINUIDAD HISTORICA. DOPSCH.

Era lógico que quien pretendiese demostrar históricamente que la "Teoría de la Catástrofe" no correspondía a la realidad de los hechos, acentuara la idea de un "no corte de cultura" y sí de "una constante cultura" de la vida europea, especialmente en los siglos VI, VII y VIII.

Con Alfonso Dopsch, la idea de una continuidad de vida de la Antigüedad a la Edad Media adquirió el carácter científico necesario como para dejar de lado: la Tesis de la Catástrofe y la idea del barbarismo de los germanos. Además eliminó de la discusión la cuestión de saber de cuántos elementos culturales de la Edad Media pueden probarse que ya existían en la época romana o no, pues esta cuestión "ha perdido importancia". Otro resultado general que se desprende de la obra de Dopsch

(25) Dopsch, obra citada, cap. I, pág. 47.

(26) Citado por Dopsch, obra citada, cap. I, pág. 49.

(24) Dopsch, obra citada, cap. I, pág. 36.

consiste en la necesidad de estimar elásticamente y no en forma rígida los períodos de la división tripartita. (27).

Es claro que la obra de Dopsch se preocupa de la Tesis de la Continuidad especialmente en relación a lo económico-social, y es por ésto que sólo más tarde -a mediados del siglo XX- la Tesis de la Continuidad recibirá su fundamentación definitiva en manos de Hermann Aubin.

Ahora bien, ¿qué opina Dopsch acerca de la Tesis de la Catástrofe y de su formación?. Para él, "la tesis de la formidable solución de continuidad de la cultura provocada, según la doctrina tradicional, por la época de las invasiones, considerada tan salvaje, no es... otra cosa que expresión elocuente del atraso de los estudios históricos relativos a este período" (28).

Para demostrar lo falso de la Tesis de la Catástrofe, Dopsch debía estudiar una época de transición, de constante fluidez; y resultaba sumamente difícil que un sólo investigador dominara el término de la Antigüedad y el comienzo de la Edad Media -científicamente los campos son diferentes-. Gracias a la ayuda de la Arqueología, Epigrafía, Historia del Derecho y a la investigación de los Papiros, Alfonso Dopsch logró dar a luz su obra, que recibió el aplauso entusiasta de los críticos. Declara Dopsch "particular satisfacción y confianza me proporcionó el hecho de que los especialistas arqueólogos manifestaran su conformidad con mis afirmaciones..." (29).

¿En qué consisten sus afirmaciones? Ya hemos adelantado algo al decir que sustenta la Tesis de la Continuidad en oposición a la de la Catástrofe. En forma general podemos sostener que Dopsch afirma que "la cultura de los primeros tiempos de la Edad Media no es algo que surja de la nada, algo primitivo propio de los bárbaros rudos, al lado de una cultura decadente, que ellos aniquilaron, sino un miembro que se enlaza orgánicamente en la cadena de una evolución de conjunto, que corre de pueblo a pueblo, y en interés propio cualquiera de sus sucesores habría de querer participar en sus conquistas positivas". (30).

Si quisiéramos recapitular las principales afirmaciones que se desprenden de la obra de

Dopsch, en relación a los problemas que hemos señalado, anotaríamos las siguientes:

1.— La desaparición del poder político de Roma (hacia el 476) no provocó una decadencia total de la cultura.

2.— Los germanos "distaban mucho de ser bárbaros incultos"; familiarizados, mucho tiempo antes, con el carácter y las instituciones de Roma, las adoptaron y desarrollaron.

3.— "La espléndida herencia recibida" no permaneció inalterable, sino que sirvió de modelo y ejemplo para la nueva organización de la vida, impuesta por las circunstancias de que el mundo romano se hallaba en descomposición y en plena ruina su régimen social y económico.

4.— "Los nuevos dueños (los germanos) fijaron por sí y ante sí, el nuevo orden, sobre todo en el aspecto político". El poder pasó a un soberano único. La administración de los organismos rurales quedó sometida al poder real, que la ejerció por medio de funcionarios de su nombramiento (condes).

5.— "La Iglesia fomentó también la influencia de las instituciones romanas, pero en modo alguno debe interpretarse ésto en el sentido de que, debido a la circunstancia de que se rigiera por el derecho romano, fuese ella la que volvió a proporcionar a los germanos el patrimonio cultural de Roma..." (31).

6.— La cultura de los siglos V, VI y VII "no fué exclusivamente agrícola ni vivió sin ciudades como se ha pretendido muy a menudo. Las ciudades que no "quedaron totalmente devastadas por las olas de las invasiones" fueron "los centros de la administración de la región circundante" y en el orden económico "servían de mercado al tráfico mercantil y proporcionaban a la industria magníficas bases de desarrollo".

En resumen, podemos decir, conjuntamente con Dopsch, que el "lapso comprendido entre los siglos V y VII se nos presenta como el lezo vivo y orgánico entre la última época romana y los tiempos carolingios..." (32).

Luego de la obra de Alfonso Dopsch, que parecía sellar los múltiples esfuerzos de los investigadores alemanes por demostrar que la invasión de los germanos no había significado ninguna ruptura de cultura y que sí elementos de la vida antigua sobrevivían en la Edad Media, surgió la tesis de Henry Pirenne (33) la

(27) Debe dejarse de lado -de una vez por todas- ciertas fechas -como 375, 395, 476- que pretenden señalar rigidamente el comienzo de la Edad Media.

(28) Dopsch, obra citada, Prólogo Ira. edición, 1918.

(29) Dopsch, obra citada, Prólogo 2da. edición, 1922.

(30) Dopsch, obra citada, pág. 52.

(31) Véase cap. VIII, pág. 322-379; de la obra citada de Dopsch. (Edición en castellano de F. C. E.)

(32) Dopsch, obra citada, pág. 524.

(33) Autor de "Mahomet et Charle Magne", 1937,

cual dió un giro especial a la discusión acerca de la muerte de la Antigüedad.

Con arte brillante, el historiador belga, presentó la tesis de que: la entrada de los germanos en Occidente no señalaba la época. Aún, después de las emigraciones el mundo occidental, aparte de algunas pérdidas en la orilla del Norte, había quedado en su vía romana: pues desde el Mediterráneo había seguido recibiendo la fecundación para una vida superior. En resumen, los germanos se desgermanizaron rápidamente ante la civilización del Mediterráneo. La Catástrofe del siglo V era, por lo tanto, ilusoria. Mas, sí surge cuando el Islam en el siglo VII se extiende hacia el Occidente: la invasión del Islam corta las venas y con ésto, la afluencia de sangre de Oriente. Mahoma es el que señala la nueva época de la historia de Occidente: la vía Bizancio-Galia desaparece; el hombre y con él la civilización se desplaza de la ciudad al campo, dando así comienzo a la civilización rural.

En el fondo, la teoría de Pirenne era un retorno a la teoría de la Catástrofe, pero en este caso no era la invasión de los germanos, sino la de los árabes la que había producido la muerte de la Antigüedad y el nacimiento de una nueva época: la Edad Media.

El planteamiento de Pirenne produjo, como era lógico, una gran polémica: el historiador inglés Wolbark ("The decline of the Roman Empire in the West", 1936) sostuvo que la tesis de Pirenne era falsa. Según Wolbark el comercio internacional antiguo había iniciado su decadencia mucho antes de la invasión islámica, debido principalmente a la estagnación de los mercados, a la falta de progreso técnico y a la escasez de esclavos.

Franz Dölger ("Europas Gestaltung im Spiegel der bizantinischen - fränkischen Auseinandersetzung des 9. Jahrhunderts") se opuso al planteamiento de Pirenne al afirmar que en el siglo IX seguía existiendo un amplio comercio entre Bizancio e Italia, y aún más, entre Bizancio y el Reino franco.

En 1948 surgió una nueva posición con relación al problema de Pirenne, con la publicación del libro de Hermann Aubin intitulado "De la Antigüedad a la Edad Media".

HERMANN AUBIN

En su libro, que era una recopilación de una serie de artículos, se preocupaba del paso de la Antigüedad a la Edad Media, y en general, de los problemas que interesaban, desde largo

tiempo atrás, a los investigadores. Y en verdad, todos estos problemas (de la muerte de la Antigüedad, de la barbarie de los germanos, de cuando comenzaba la Edad Media, etc.) no podían ser tratados separadamente: la afirmación o negación de cualquiera de ellos implicaba la negación o afirmación de cualquiera de los otros; por ejemplo, si se afirmaba que los germanos eran bárbaros no había problema para no aceptar el que éstos hubiesen destruido el Imperio, al incorporarse a él; ahora bien, la destrucción de la Antigüedad permitía pensar que la nueva época, producto de los destructores de la antigua cultura, era su antítesis. Esta es la razón por la cual los estudios de Aubin son fundamentales para señalar la realidad actual de los problemas que nos interesan y para llegar a un conocimiento de las investigaciones que se han efectuado en los últimos años.

Con respecto a los puntos de vista del historiador belga Pirenne, Aubin considera que "ya se han conmovido o derribado algunas pruebas de Pirenne. Se ha demostrado que en algunos de sus puntos ha sobreestimado la eficacia inmediata de los árabes. Después de su aparición también ha quedado más en pié del tráfico por el Mediterráneo occidental, de lo que ha opinado Pirenne" (34).

La incursión de los árabes había encontrado un mundo en decadencia, y por ningún motivo había provocado la catástrofe del Imperio romano, como lo afirmaba Pirenne; "aún sin la presión de los árabes habría proseguido el desvanecimiento de la Antigüedad" (35).

Con relación a la tesis de la Continuidad, desarrollada por Dopsch, Aubin la continúa y profundiza.

Nosotros expondremos sumariamente los puntos de vista del historiador Aubin, para dar término a esta visión retrospectiva de algunos problemas que interesaron, e interesan, a los historiadores europeos.

En primer lugar, Aubin hace algunas reflexiones generales sobre la continuidad histórica. "Respecto a lo que en general se puede decir del problema de la Continuidad es que siempre la ha habido; que los pueblos y ambientes de vida en todas partes han transmitido a otros pueblos y comunidades de vida los bienes de cultura por ellos creados; que la vida desde tiempos primitivos nunca ha empezado en tabla ra-

(34) H. Aubin, "Die Frage nach der Scheide zwischen Altertum und Mittelalter", pág. 255 (Historische Zeitschrift. 1951).

(35) Aubin, Die Frage... pág. 256.

sa; que por lo menos la mitad de la historia se basa sobre continuidad" (36).

Gracias a la investigación arqueológica se ha podido ver "en forma clara, real y tangible las capas de cultura junto con sus mezclas y transformaciones en manos de nuevos portadores" (37). Junto con la Arqueología, la Sociología y la Economía Política, han colaborado, con su modo de pensar, al conocimiento de los cambios de cultura, y con ello, de la Continuidad.

En segundo lugar, Aubin critica a Dopsch por haber abordado el problema de la Continuidad con un carácter generalizador: según él (Aubin), y con relación al asentamiento de los germanos en el Imperio, debe fragmentarse en distintas zonas el problema de la Continuidad. Divide el oeste de Europa, con relación al establecimiento de los germanos, en tres zonas: primera, Alemania central, es decir aquella en que los germanos estaban ya establecidos, y que nunca, o sólo ocasionalmente, había sido incorporada al Imperio romano; segunda, se extiende desde la frontera de Escocia, Britania anglosajona, los Países Bajos, Bélgica, Francia del Norte, y la orilla izquierda. Es esta franja la más interesante y la que ofrece mayores problemas. En ella los germanos encontraron bienes de herencia de la Antigüedad y pueblos que llevando en sí la herencia fueron capaces de transmitirla a los conquistadores. Los germanos no expulsaron ni aniquilaron a estos pueblos; tercera, comprende aquellos parajes en los cuales los germanos se instalaron en una pequeña minoría como señores. Son Italia, Aquitania y España. Indudablemente que en estos lugares la herencia antigua aplastó a los germanos.

Este fraccionamiento de las tres zonas señala claramente la existencia, especialmente en la segunda zona, de una continuidad cultural que se manifiesta, en toda su extensión, con el Cristianismo y en lo económico-social. La pri-

mera zona es casi germánica, y en la tercera, en donde los germanos yacen en una proporción de uno por treinta, todo es romano.

En tercer lugar, para Aubin, la Iglesia "forma el ancho puente sobre el cual pasaron los siglos venideros, no sólo sus enseñanzas, sino también sus instituciones formadas bajo los Emperadores y una cantidad de elementos de la vida antigua, empezando desde la alta tradición política, la ordenación judicial, el rico caudal de ciencia, poesía y formas de arte, hasta los utensilios del culto de los dioses, y la lengua latina" (38).

En cuarto lugar, Aubin afirma que la estructura del Estado romano se derrumbó ante los germanos. Solamente bajo Odoacro en Italia, y los godos del este, las instituciones del Estado, con pequeñas modificaciones existen.

En quinto lugar, se puede subrayar la valoración que Aubin hace del aporte germano. Sin creer que los germanos fueron un pueblo que nada destruyó a su paso, estima que gracias a ellos pudo la Baja Antigüedad nutrirse de nuevas formas y dar paso lentamente a la Edad Media. El germanismo aportó una forma de vida más simple, un sentido de la vida de pueblo que ordenaba la vida desde abajo. La libertad, su cultura agraria, y su particularismo fueron los elementos que permitieron, en parte, la formación de Europa.

A mediados del siglo XX, la ciencia histórica ha logrado alcanzar una posición tal que nos permite creer que los planteamientos de Dopsch, Aubin y de otros más no carecen de una proporción grande de verdad histórica. La solución y en parte, la superación de una serie de problemas, que hemos tratado de describir en la forma más sencilla, no indica, como se podría pensar, un "progreso" o una "evolución" de la ciencia histórica, sino un desarrollo intrínseco de la "reconstrucción ideal" que alienta al pensamiento histórico.

(36) Aubin, *Von Altertum zum Mittelalter*, pág. 33.

(37) Aubin, *Von Altertum zum Mittelalter*, pág. 34.

(38) H. Aubin, "Von Altertum zum Mittelalter", pág. 79.

